

LA PRISION DE GERTRUDIS

Allá por los años mil ochocientos y tantos, en una importante ciudad de Francia, la familia Joseph hizo prender á su criada Gertrudis por robo.

Era Gertrudis una muchacha de unos dieciocho abriles, de una gran belleza y una distinción sumamente rara en su clase, y había entrado á servir en aquella casa desde niña, razón por la cual la miraban como de la familia, y hasta, según decían las comadres de la vecindad, el hijo de sus amos la quería, y á ser de otra clase, se hubiera casado con ella. Por todas estas razones, á todo el mundo causó grandísima sorpresa la noticia del robo y de la prisión y la insistencia con que sus amos la acusaban de haberse apoderado de unas cucharillas de plata.

Gertrudis se confesó autora del robo y fué presa y procesada.

En la cárcel era sumamente trabajadora y limpia, y pronto se captó las simpatías del jefe del establecimiento. Su celda estaba hecha una tacita de plata, y tal era su afición al trabajo, que se dedicaba á limpiar todos los calabozos, muchos de los cuales estaban desocupados desde hacía mucho tiempo.

Para que todo fuera raro, los amos de la ladrona iban á visitarla á menudo y solían llevarla comida y hasta golosinas.

Una presa oyó una vez que el amo la decía en el locutorio:

—¿No estás arrepentida ni sientes lo que has hecho?

Y que la muchacha respondía:

—No; no lo siento ni estoy arrepentida.

¡Cosa más rara! Los amos, lejos de enfadarse ante aquel cinismo, se despedían de ella con mucho cariño.

Había un calabozo cerrado, el número 59, y Gertrudis pidió la llave para limpiarlo como los otros, pero la dijeron que no entrara en él, puesto que en el tiempo en que aquella prisión fué cárcel de hombres, había muerto allí un ladrón famoso que se solía aparecer por las noches como alma en pena.

Gertrudis insistió en pedir la llave, porque ella no creía en brujas ni aparecidos y los muertos no la producían otra impresión que la de rezar por ellos.

Obtuvo la llave y dijo al abrir:

—Ahora sí que me ha caído trabajo. Primero que se vea limpio este calabozo, han de pasar varios días de barrido y de fregado. ¡Pero lo he de dejar como un oro! La muchacha tomó tan á pecho lo de la limpieza, que todos los días se pasaba algunas horas en el miedoso calabozo, en el que ninguna reclusa se atrevía á penetrar.

Una noche oyeron las presas algunos ruidos extraños hacia la parte del calabozo número 59, y al día siguiente se lo advirtieron á Gertrudis para que no fuera; pero ésta se reía de sus fantásticos temores.

Las presas insistieron en los días sucesivos en que todas oían durante la noche ruidos extraños, y una de las vigilantes, sin decir nada á nadie, se propuso observar lo que hubiera de verdad en los ruidos misteriosos.

No sin algún recelo se fué acercando, y oyó, en efecto, que en el calabozo hacían un ruido sordo. Se atrevió á aproximarse á la puerta y vió luz por una rendija, y al mirar por ella vió á Gertrudis fatigada y anhelante arrodillada en el suelo y con las manos ensangrentadas.

Asombrada y temblando estaba la vigilante al ver aquel cuadro tan extraño, y de buena gana hubiera salido corriendo de aquel pasillo; pero el mismo miedo la quitaba las fuerzas para moverse, y una curiosidad inmensa la detenía en aquel sitio.

Allí estuvo observando largo tiempo, y pudo enterar-

se de que Gertrudis se producía ella misma las heridas de sus manos levantando con un clavo grande los ladrillos del piso y escarbando en el suelo con sus dedos.

De pronto dió un grito de satisfacción y su semblante se animó con una expresión de inmensa alegría. En sus manos había algo que relucía al destello de un cabo de vela que alumbraba tristemente aquel misterioso lugar. La vigilante, entonces, se animó á penetrar, y Gertrudis, al verla, se arrojó á sus pies, diciendo con la mayor angustia:



—¡No me perdais, por Dios! Juradme callar lo que habéis visto.

—¿Qué hacías?—preguntó la vigilante.

—Cumplir una obra de justicia y de reparación.

—¿Escarbando la tierra como un topo?

—Sí. Hace mucho tiempo que anhelaba verme dentro del calabozo núm. 59.

—¿Tú?

—Por eso he demostrado tanto esmero en la limpieza de las habitaciones

—¿Es cierto?

—Por eso he consentido en aparecer como una ladrona.

—¿Pues no has robado á tus amos unas cucharillas de plata?

—Jamás.
—¿No me engañas?
—Os juro que soy inocente. ¡Dios lo sabe y mis amos también!

—No te entiendo, Gertrudis, y me parece que tratas de hacerme creer una fábula para salir del paso.

—Si me prometéis guardar el secreto que voy á confiaros, os convenceréis de mi inocencia, y lejos de quererme mal, me encontraréis digna de vuestra estima.

En esto empezaba á clarear, y vigilante y presa convinieron en dejar el calabozo antes que despertasen las presas.

(Concluirá.)



NUESTROS SENTIDOS

EL OÍDO

Por el sentido del oído percibimos las vibraciones sonoras. En tres partes dividen los fisiólogos el aparato auditivo: oído *externo*, que es la parte que comunica directamente con el exterior; *medio*, compuesto de un grupo de huesecillos que, por su forma, se llaman *martillo yunque lenticular y estribo*, que se hallan en la caja del tímpano ó tambor; y oído *interno*, constituido por una serie de cavidades donde termina el nervio auditivo.

Como hemos visto al hablar del tacto y de la vista, las ilusiones de nuestros sentidos nos engañan á menudo.



Fig. 1.^a

Hoy ofrecemos á nuestros jóvenes lectores algunas experiencias de aberraciones auditivas que podrán ejecutar por sí mismos para comprobar lo curioso de las observaciones. Si en una regla larga arañamos con la uña del dedo, apenas escucharemos un ligero ruido; pero si acercamos al oído uno de sus extremos, y en esta posición (fig. 1.^a) arañamos el otro, percibiremos un ruido muchísimo más grande, como de sierra. La madera nos transmite directa y más intensamente las ondas sonoras en este caso.

Otra prueba que puede hacerse consiste en atarse alrededor de la cabeza, como una diadema, un bramante ó cuerda de peón, dejando un cabo largo. Si entonces se cierran los ojos y por el cabo estirado se pasan á lo largo las uñas de los dedos pulgar é índice, el roce, que á los demás les parecerá imperceptible, lo oirá el que tiene atada en la cabeza la cuerda como un trueno.

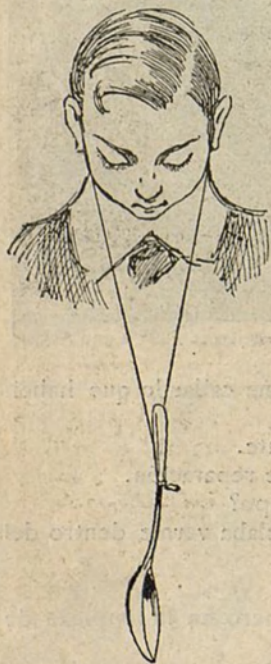


Fig. 2.^a

No menos curioso es el aumento considerable de sonoridad que puede obtenerse con una cuchara. Atese por el mango, como lo indica la figura 2.^a, y llévense á los oídos los extremos del hilo. Si en esta posición de la cuchara, que no debe tropezar en ninguna parte, se la golpea con cualquier objeto duro, producirá al que la tiene el efecto de una campana de gran tamaño.

De la transmisión de los sonidos puede juzgarse con la construcción de un sencillo aparato, que ha sido el precursor del teléfono.

Tómense las dos mitades de una cajita metálica, como las del betún, por ejemplo, y practíquese un agujerito en el centro de cada una de ellas. Pásese un hilo ó bramante por ellas, y háganse nudos en sus extremos para que se sostengan. Ya tenemos el teléfono improvisado, y su funcionamiento no puede ser más fácil.



Colóquense á la distancia que permita el hilo los interlocutores, y si habla el uno en la parte hueca de la tapa y el otro aplica á su oído la misma parte de la tapa, le escuchará perfectamente, como si le hablara de muy cerca (fig. 3.^a)



Fig. 3.^a

La situación de los sonidos también se presta á errores que pueden comprobarse por un modo bien sencillo: Tómense dos piezas de diez céntimos, y con un poquito de cera blanda sujétense á los dedos índice y pulgar. Si con estos diminutos platillos hacemos ruido á la derecha ó á la izquierda de la cabeza de una persona que tenga los ojos vendados (fig. 4.^a), desde luego adivinará de qué parte viene el sonido; pero si colocamos la mano por encima de su cabeza, guardando bien el centro, y entonces los hacemos sonar, se equivocará frecuentemente, diciendo unas veces que el sonido está á su derecha y otras que á su izquierda.

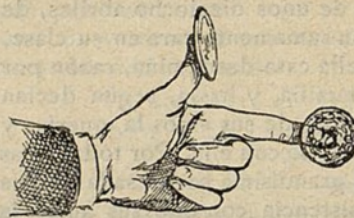


Fig. 4.^a

En cuestión de sonidos influye tanto la imaginación, que si en el silencio de la noche piensa uno en que oye á lo lejos sonar campanas, á poco le parece que las está oyendo realmente. Entonces sí que le cuadra á este género de ilusión aquella frase de *oir campanas y no saber dónde*.



CARTAS DE DOS MUÑECAS

V

ESMERALDA A ROSITA

Queridísima hermana mía: Con sumo placer he leído tu carta y me apresuro á contestarte, pues tienes mil razones para extrañar mi silencio y no quiero que queden tus frases cariñosas sin respuesta.

Te agradezco mucho el pago de una deuda al referirme lo que aprendes en casa de esos niños, y en justa compensación voy á referirte la escena que hoy ha tenido aquí lugar con motivo de tu carta.

Gracita la ha leído y se la ha enseñado á su papa, que la ha alabado mucho, y después de comer nos ha dicho:

—Ahora es preciso que Esmeralda, al contestar á su amiga, le refiera también alguna análoga noticia que sea también instructiva, y es cosa de que la pongamos en antecedentes para que pueda hacerlo. Vamos á ver, Emilio, ¿qué te parece á tí este trozo de coral?

—¡Muy bonito, papá... y muy bien trabajado, porque esas ramas están muy bien hechas!

—Dirás bien pulimentadas...

—¡Ah! ¿No las hacen?

—No; son naturales...

—¿Conque el coral es una planta? Yo creí que era una piedra.

—Y es piedra, aunque no lo es.

—¿Y qué misterio es ese de ser piedra y no ser piedra?

—Uno de los muchos que hay en la Naturaleza.

—¡Ay, papá, explíquenos usted eso!

—Bien; lo explicaré y os daré noticias de unos notables trabajadores que son infatigables y que de seguro no los conocéis ninguno.

—¿Quiénes son?

—Unos que, como quien no hace nada, construyen islas y continentes.

—¡Anda! ¡Islas!

—Sí... como, por ejemplo, las islas del Pacífico, donde han hecho ciento cincuenta.

—¿Son gigantes?

—Al contrario: en el hueco de una de tus manos cabría cerca de un millón de ellos.

—¿Habla usted en broma?

—No, hijos míos; esos artifices, cuyas obras os admiran hasta el punto de creerlas imposibles, se llaman *pólipos*, que en número considerable viven en colonias y forman con sus *recreaciones calcáreas* bancos, arrecifes é islas...

—¡Lo que es no saber las cosas!—dijo Emilio entonces casi avergonzado.

—Ay, hijo mío, no te extrañe haber creído que el coral era un arbusto, porque sabios de la antigüedad como Plinio y Dioscórides aseguraron que lo era y que, creciendo en el fondo del mar, se petrificaba instantáneamente al salir del seno de las ondas, y esta creencia de la petrificación instantánea hizo que otros muchos sabios más modernos le clasificasen entre los vegetales, llegando uno de ellos, italiano por más señas, llamado el conde Messigli, á escribir una Memoria en que declaraba fuera de toda duda que el coral era tan vegetal como una mata de habas, puesto que habiendo metido una rama dentro del agua, la había visto *floreecer*.—¿Cómo no ha de ser vegetal—decía el bueno del conde—si tiene flores aunque no tiene hojas? Las flores del coral son blancas—añadía.

—¿Pero vió las flores?

—¡Ya lo creo!

—¿Luego tenía flores?

—No, tenían solamente la forma y la apariencia de tales.

—¿Pues qué eran?

—*Pólipos zoofitarios*, ó para que lo entendáis mejor: animalillos en forma de flor.

—¿Y cómo se supo que eran animalillos?

—Ahora lo sabréis. Según un precioso trabajo que he leído hoy sobre este asunto, de D. Federico de la Vega, á quien debo los curiosos detalles que os estoy refiriendo, «allá por el año 1720, un médico llamado Mr. Peyssonel, persuadido de que no había tal *petrificación súbita*, y creyendo, con razón, que esas flores nacidas en una rama petrificada tenían tres bemoles y guardaban entre sus pétalos algún mágico misterio, cogió un lente y se puso á examinarlas con atención.»

(Concluirá.)



ANÉCDOTA

Viajaban dos caballeros en un vagón de primera clase, cuando en una estación subió al mismo departamento un matrimonio y llenaron el coche de maletas, sombrereras, mantas, cajas y líos de ropa.

A poco, uno de los caballeros se dirigió á los recién llegados y les dijo con la mayor tranquilidad del mundo:

—¿Qué tal por la Manchuria?

—¿Cómo por la Manchuria?—preguntó á su vez el interpelado, lleno de extrañeza.

—¡Hombre, con un equipaje así, no pueden ustedes venir de más cerca!

BELLAS ARTES



LA SACRA FAMILIA, CUADRO DE BARTOLOME ESTEBAN MURILLO De nuestro insigne pintor sevillano Murillo es el precioso cuadro cuya copia publicamos y que se conserva en el Museo del Prado de Madrid. Representa á la familia santa del Redentor en el interior del hogar. La Virgen María se ocupa en sus labores, y San José tiene al niño Jesús, que, con un pajarillo en la mano, ríe al ver á un perrillo blanco que acecha al pájaro. Los padres contemplan la escena con placentera sonrisa. Este cuadro se llama vulgarmente del *Pajarito*. Nació Murillo en 1617 y murió en Sevilla, su patria, en 1682. Sus pinceles acertaron con la pintura más realista y con la más ideal, como la de sus famosas *Concepciones*.

CHARADA

Si no cumples tus deberes,
ya sabes que... *prima tercia*.
San *segunda tres* lo dijo
y lo repite la Iglesia.
¡Qué compromiso tan grande
el de *tercera y primera*!
¡No lo conoces, y estudias

Historia? Pues quien te enseña,
cuando note que no aprendes
verás qué *todos* te echa.
¡Tampoco aciertas el *todo*?
Pues es preciso que sepas
que es algo que a los ancianos
se les pone en la cabeza.

PROBLEMA

Habían regalado á un sujeto 32 botellas de un vino exquisito, y las colocó en su bodega en la siguiente forma, para acordarse de que en cada lado dejaba nueve.

1	7	1
7		7
1	7	1

Cada vez que entraba, contaba las de un lado, y al ver que había nueve, se quedaba tan tranquilo, pues recelaba el hombre que su criado le birlara algunas botellas, dada su afición al zumo de la vid.

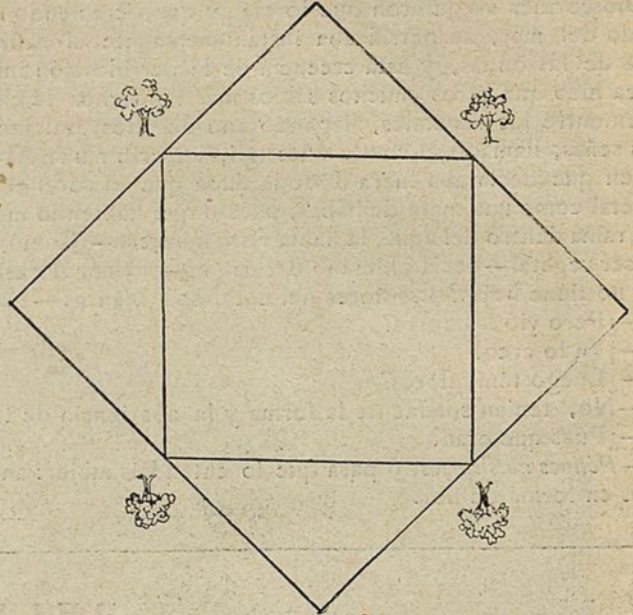
El criado, mucho más pillo que lo que su amo suponía, entró tres veces en la bodega, y cada una de ellas sacó cuatro

botellas. ¿Cómo se las compuso para que el tonto de su amo siguiera creyendo que estaban todas?

Las soluciones en el número próximo.

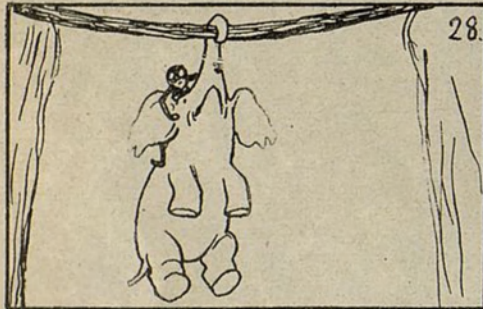
SOLUCIÓN AL PROBLEMA «EL ESTANQUE»

Si se divide el cuadrado que representa la superficie del estanque por dos diagonales, resultan cuatro triángulos: por lo tanto, si en

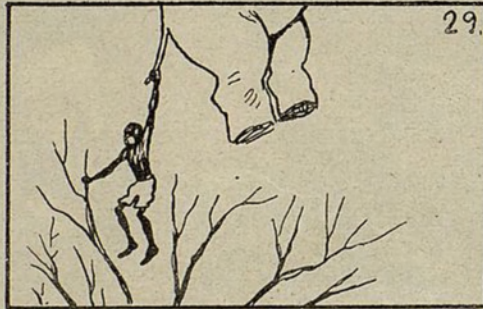


los lados del cuadrado se trazan otros cuatro triángulos iguales, su superficie es doble y los árboles siguen en su sitio.

AVENTURAS DE UN ELEFANTE (Continuación.)



Afortunadamente acertó á agarrarse fuertemente con la trompa, evitando una caída tremenda.



El negrito entonces se puso en salvo, desliziéndose por el lomo y apeándose por el rabo de su protector.



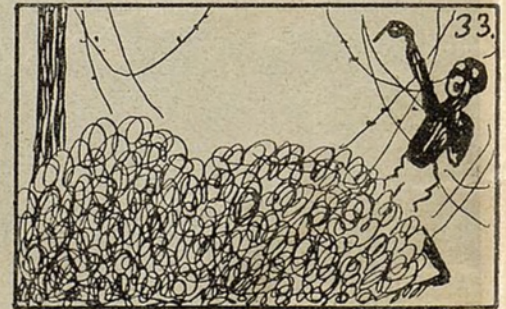
Un árbol altísimo le tendía sus ramas, y el negrito aceptó tan generoso ofrecimiento con mucho gusto.



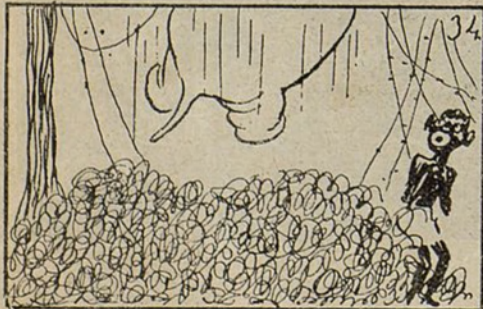
Bajó por el tronco, y al llegar al suelo, las enmarañadas lianas que vió en derredor le inspiraron una gran idea.



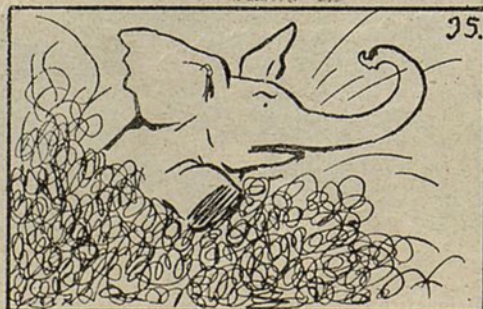
Amontonó todas las que pudo recoger para formar un enorme mullido debajo del sitio donde su amigo estaba pendiente.



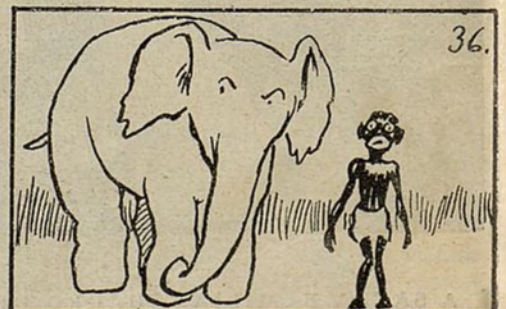
Cuando le pareció que aquel improvisado colchón vegetal era suficientemente blando, hizo señas al elefante.



—Ahora lo comprendo todo— exclamó el animal bajando con la velocidad proporcionada á sus 1.728 kilos de peso.



Al verse ileso, no pudo negar que su protegido había tenido un buen golpe al librarle así de uno morrocotudo.



Poco duró su alegría. Allá en lo intrincado de la selva se oyeron unos terribles rugidos que daban espanto. (Continuará.)